

CAPÍTULO X.

Como la amada santa Isabel fue conocida y amada por el glorioso san Francisco, y como tomó por confesor al maestro Conrado de Marbourg.

De paupertatis horreo
Sanctus Franciscus satiat
Turbam Christi famelicam,
In via ne deficiat;
Iter pandit ad gloriam
Et vitæ viam ampliat.
Pro paupertatis copia
Regnat dives in patria,
Reges sibi substituens,
Quos hic ditat inopia.

(Breviario franciscano).

Lo que llevamos ya referido acerca de Isabel, basta sin duda para hacer comprender la especie de parentesco que mediaba entre su alma y la de aquel glorioso pobre de Cristo que iluminaba entonces la Italia con los rayos de su poder milagroso. No quiso Dios que esta interior alianza quedase ignorada y estéril; dispuso por el contrario que fuese fecunda en consuelos para su fiel sierva, y en bendiciones para toda la querida Alemania. Ya en su vida exte-

rior se notaba una singular analogía. En el mismo año 1207, en que Isabel vió la luz en el seno de las grandezas del soberano de Hungría, renació también para Dios san Francisco de Asis; en el momento en que la hija de un rey poderoso y nieta de Carlomagno venia al mundo rodeada del brillo y esplendor del trono, el hijo del mercader Bernardon renunciaba su pobre legítima por amor de Dios, así como su honra y su familia; azotado y preso por su propio padre; sacado del encierro por el amor de su madre; cubierto de lodo y silbidos por sus conciudadanos, se despoja del último de sus vestidos y corre desnudo y solo á la conquista del mundo. No habia necesitado Isabel de este segundo nacimiento; pues el cielo la habia preparado de todo punto desde los principios de su vida, y desde la cuna habia hecho ya de aquel corazón un terreno fértil y puro para aquellas semillas de fuerza y de vida que la mano de Francisco iba á esparcir por todo el mundo cristiano, y de las cuales queria Dios que fuese una de las primeras y mas ilustres depositarias.

No nos corresponde referir aquí la maravillosa historia de los triunfos de san Fran-

cisco en Italia desde el momento en que empezó á predicar; tenemos que limitarnos á aquellos hechos que se relacionan directamente con el destino de Isabel. Hizo-se al cabo de algunos años tan general la conmocion impresa por el nuevo apóstol en las almas adormecidas ó tibias en la fe; tan violenta la revolucion operada en todas las relaciones sociales y privadas, que le fue preciso pensar en los medios de regularizar y moderar la fuerza de que Dios le permitia disponer. Á cada paso tropezaba con una multitud de maridos que querian abandonar á sus mujeres é hijos para consagrarse con él á la pobreza y á la predicacion evangélica, y de mujeres dispuestas á desentenderse de sus deberes de esposas y madres para poblar los monasterios en que Clara, su rival y hermana, presidia las austeridades de las pobres Clarisas. En la penosa alternativa de sofocar los gérmenes saludables que se desarrollaban en todos los corazones, ó de fomentar una perjudicial rebelion contra unos lazos consagrados por el mismo Dios, acudió á un término medio que el cielo debia bendecir como á las demás obras suyas. Á esta muchedumbre ansiosa de obedecerle prometió una re-

gla especial de vida por medio de la cual, y en virtud de obras piadosas y penitentes, los cristianos comprometidos con los deberes de la vida doméstica formarían una sola familia con sus religiosos célibes y encerrados en claustros, sin necesidad de romper los lazos consagrados por el mismo Dios. Al principio se ciñó á dar esta regla de viva voz á muchos fieles de uno y otro sexo que se apresuraron á ponerla en práctica, principalmente en Florencia y ciudades inmediatas. De dia en dia encontraban estos cristianos nuevos motivos de felicitarse por haber encontrado un medio de renunciar á las nocivas distracciones y superfluidades del mundo sin necesidad de entrarse en un convento. Francisco viendo crecer el fervor y el número de los miembros de esta asociacion de una manera tan asombrosa, les dió el nombre de *Penitentes de la Tercera Orden*, como que formaban la tercera rama de su familia en la cual figuraban ya los frailes Menores, de los que era jefe inmediato y directo, y las monjas de santa Clara; y redujo á escrito y publicó para su uso la Regla que de antemano les habia prescrito y enseñado. Segun sus principales artículos, necesitaban los casados para

ser admitidos en la Orden el consentimiento del cónyuge respectivo; precediendo además la reparacion de perjuicios de toda especie inferidos al prójimo y la reconciliacion pública con todos sus enemigos. Aunque el terciario no debia abandonar ni su casa ni su estado, quedaba obligado á vestir precisamente un traje de color gris oscuro, á no usar armas de ninguna clase, salvo en los casos en que fuera necesario para la defensa de la patria ó de la Iglesia¹; á privarse absolutamente de toda clase de festines, bailes y regocijos profanos; además de la puntual observancia de las abstinencias y ayunos ordinarios de la Iglesia, á no comer de carne los lunes y jueves, ayunar desde san Martin á Natividad y todos los miércoles y viernes del año; oír misa todos los dias; comulgar en las tres Pascuas de Navidad, Resurreccion y Pentecostes; rezar diariamente algunas oraciones particulares; visitar á los hermanos y hermanas de la Orden en sus enfermedades, y asistir á sus funerales. Se ve por este resúmen, que la Regla de la Orden Ter-

¹ Las personas autorizadas por su posicion social estaban dispensadas de la observancia de estos dos artículos.

cera no constituia en manera alguna orden monástica sino meramente una especie de asociacion ó confraternidad piadosa: únicamente cuando con el tiempo adoptó el uso de los tres votos solemnes, es como tomó la primera de estas formas que conserva todavía hoy en los países donde existe.

La inmensa y rápida propagacion de la Orden de san Francisco es uno de los acontecimientos mas memorables y calificados de esta época; y puede creerse que la Iglesia debió principalmente este progreso á la asociacion de la Tercera Orden. Multitud de cristianos de uno y otro sexo se afiliaban en ella todos los dias: Italia, Francia y Alemania se vieron sucesivamente invadidas por este nuevo ejército. Muy pronto llegó á figurar entre los negocios mas sérios del siglo, pues los enemigos de la Iglesia se apercibieron desde el momento cuán graves obstáculos iba á oponerles una sociedad cuya organizacion abrazaba los fieles de todas edades, profesiones y jerarquias; al guerrero y al mercader, al sacerdote y al jurisconsulto, al príncipe y al plebeyo; y que imponiendo á sus miembros una severa y minuciosa práctica de los deberes de la religion, estrechaba por necesidad el

vínculo de afecion y obediencia que los unia con la Esposa inmortal de Cristo, dejándoles no obstante en medio de la sociedad y del mundo para dar allí rienda suelta á sus anchuras á aquel espíritu de abnegacion y amor recien encendido en sus corazones. Asi es que el emperador Federico II se quejó públicamente de los obstáculos que la Tercera Orden le suscitaba embarazando sus proyectos contra la Santa Sede; y en las cartas de su canciller Pedro de las Viñas se lee, que toda la cristiandad en masa parecia haber ingresado en este Instituto, habiendo llegado á ser el poder del cielo, gracias á ella y á sus progresos, mas temible y ventajoso que el de la tierra.

En 1221, año en que san Francisco publicó la Regla de la Tercera Orden, se establecieron sus religiosos definitivamente en Alemania ¹. Ciertamente que en ningun-

¹ La primera tentativa de los Franciscanos en Alemania fue poco feliz. El grave historiador de la Orden, Wadding, refiere, á propósito de esto, una historia sacada de los manuscritos de las provincias de Sajonia, Estrasburgo y la baja Germania, que tenia á la vista. «Los primeros frailes, dice, encargados de esta mision no sabian de la lengua alemana mas que una sola palabra, el monosílabo *ja* que significa *sí*. En la primera ciudad en que

na otra parte pudieran cobrar mas ánimo para su empresa ni hallar mas simpatias que en los Estados de la jóven y piadosa Duquesa de Turingia. Asi es que ellos recibieron de su parte las muestras de un afecto lleno de celo y todo el apoyo que estaba en su mano el darles. Isabel comenzó por fundar en el centro mismo de Eisenach un convento de Franciscanos con su iglesia correspondiente tan pronto como estos religiosos se presentaron en Alemania,

entraron, y donde lo extraño de su traje reunió al rededor de ellos una gran turba de curiosos, les preguntaron si querian posada y comer alguna cosa; y como, habiendo respondido *ja*, viesen que les trataban muy bien, resolvieron emplear siempre la misma contestacion. (*Praefatam responsionem cuicumque interrogationi accommodare statuerunt*). Quiso su mala suerte que se le antojase á uno el preguntarles si acaso eran herejes y venian á predicar alguna doctrina contraria á la fe católica, á lo cual se apresuraron á responder *ja, ja*. Al momento se echaron sobre ellos, los ataron y llevaron á la cárcel; y despues de molerlos á palos y tratarlos de la manera mas dura y cruel, los echaron afrentosamente del país. Entonces ellos se volvieron á Italia, donde tal pavor causó á sus hermanos la relacion de estos trabajos, que en sus oraciones rogaban al Señor *ut illos á saevitia Teutonorum liberare dignaretur*; libranos, Dios mio, de la barbarie alemana. (*Wadding*).

y luego escogió de entre ellos para confesor á Fr. Roderigo, uno de los primeros alemanes que abrazaron la Regla seráfica, religioso de extraordinario celo, y que toda su vida profesó á la Duquesa una adhesión sincera. Por consecuencia de estas nuevas relaciones, todo cuanto ella oía referir acerca de san Francisco infundía en su corazón jónen tan ardiente afecto y entusiasmo hácia aquel hombre extraordinario, que fácilmente se trocó en irresistible impulso de seguir las huellas de este tan superior modelo de todas las virtudes que ella tenía en mayor precio y estimación, escogiéndole desde luego por su patrono y padre espiritual. Enterada por sus nuevos huéspedes de la existencia de la Tercera Orden en Italia y demás países donde ya se había propagado la prole franciscana, se penetró muy pronto de las ventajas que una cristiana fervorosa podía prometerse de esta afiliación. Presentábase á sus ojos como una especie de especial consagración de las mortificaciones y obras de piedad que por su propia voluntad se había impuesto á sí misma; y así es que sin vacilar un punto pidió á su marido el permiso de agregarse á la nueva Orden; y conseguido sin difi-

cultad, se dió prisa á contraer este primer lazo con el Santo que muy pronto debía verla reinar á su lado en el cielo. Isabel fue la primera que en Alemania se inscribió en la Tercera Orden, cuya Regla observó y guardó con fidelidad escrupulosa; pudiéndose creer que el ejemplo de una princesa de tan elevada alcurnia y tan famosa por sus virtudes contribuyera no poco á la rápida propagación de este Instituto.

Presto llegó á oídos de Francisco la preciosa conquista que sus misioneros habían hecho en la persona de Isabel. Á un mismo tiempo supo su agregación á la Orden, el afecto que esta Princesa le tenía, y las virtudes singulares con que edificaba la Turingia y atraía sobre ella las bendiciones del cielo. Penetrado de admiración y gratitud, hizo conversación muchas veces de todo esto con el cardenal Hugolino, protector de su Orden, sobrino de Inocencio III, y papa después con el nombre de Gregorio IX. Este Pontífice, que más adelante debía velar por la seguridad de Isabel en la tierra y consagrar su gloria en el cielo, la miraba ya con interés afectuoso; sentimiento que no podía menos de fortificarse

en vista de la simpatía que observaba en la jóven Duquesa hácia el santo apóstol, de quien él era el principal apoyo y el íntimo y tierno amigo. No es extraño por tanto que animase á Francisco en sus afectuosos sentimientos hácia ella, cuando en las conferencias familiares que ambos tenían, era el tema repetido la ejemplar humildad, la piedad fervorosa y austera, y el amor de la pobreza en una princesa tan jóven todavía. En una ocasion invitó el cardenal á Francisco á que la remitiese una prenda de su afecto y memoria; y al decir esto, le quitó de los hombros la capa raída con que iba cubierto, exhortándole á que sin demora la hiciese llegar á manos de su hija de Alemania, de la humilde Isabel, como un tributo debido á la humildad y pobreza voluntaria de que la Duquesa hacía profesion, y tambien como testimonio de gratitud á los servicios que habia prestado á la Orden. «Quiero, añadió el Cardenal, que pues «ella está llena de nuestro espíritu, le de-
«jeis una herencia semejante á la que Elías
«dejó á su discípulo Eliseo.» El Santo accedió al deseo de su amigo enviando este modesto presente á aquella á quien con tanta razon podia llamar su hija, y acom-

pañándole una carta donde se regocijaba con ella por todas las gracias que Dios le habia concedido y por el buen uso que de ellas hacia.

Fácil cosa es figurarse el reconocimiento con que Isabel recibió un don tan precioso á sus ojos, dándolo á entender por la grande estima en que siempre le tuvo; pues además de echarse sobre los hombros aquel manto siempre que se ponía en oracion para pedir á Dios alguna muy especial gracia, cuando llegó el caso de renunciar sin reserva á tener en propiedad cosa alguna, halló medio de conservar en su poder hasta la muerte aquella querida prenda de su pobre padre. Al salir de este mundo, dejóla en herencia á una amiga como la alhaja que mas estimaba; posteriormente pasó á manos de los caballeros teutónicos de Weissenfels en la diócesis de Spira, los cuales la conservaron con el mayor esmero; y el célebre predicador de aquel siglo, Fr. Bertoldo, refirió á los jueces del proceso de Isabel, que muchas veces habia visto y tocado con veneracion aquel manto, gloriosa bandera de aquella pobreza que en tantos corazones venció al mundo con todas sus pompas y vanidades.

Al abrigo de esta misma bandera va tambien Isabel á recoger y concentrar en el secreto de su alma las fuerzas de que habrá menester para alcanzar sobre el mundo y sobre su propio corazon las victorias brillantes que Dios le reserva para mas adelante; unida con íntimo y filial vínculo al hombre seráfico, dará nuevos pasos en ese angosto y espinoso camino que conduce á la gloria eterna, y que ella debe recorrer en tan breves años.

Entre tanto, y apenas habia cumplido los diez y siete, cuando Fr. Roderigo su confesor, que guió sus primeros pasos tras la huella de san Francisco, tuvo que separarse de ella. Hubo que pensar en buscar otro; y el Duque, consultado por Isabel en este conflicto, conociendo con pena que á su parecer no tenia grande instruccion su esposa en las santas Escrituras y la ciencia de la Religion, escribió al Papa pidiéndole para ella un guia espiritual instruido y sábio. El Pontífice le contestó que ninguno mas del caso por su piedad y doctrina que el maestro Conrado de Marbourg que, habiendo estudiado en París, era á la sazón comisario apostólico en Alemania. Efectivamente, Conrado gozaba entre el Clero y los fie-

les de un elevadísimo concepto y estimacion, brillando, dicen los historiadores, en Alemania con el resplandor de un astro. Hombre de santa ciencia, de ejemplares costumbres, constante en la práctica de la pobreza evangélica, no contento con renunciar á la fortuna de su ilustre casa, habia rehusado además todos los beneficios y dignidades eclesiásticas; lo cual ha hecho creer á algunos cronistas que perteneció á alguna de las Órdenes mendicantes que á la sazón se propagaban por el mundo cristiano; pero parece lo mas probable que permaneció siempre en el clero secular ¹. Era su exterior sencillo, modesto y aun austero, estrictamente clerical el traje, de grande influjo en las almas su elocuencia. Montado en una muleja recorria toda la Alemania; y donde quiera se presentaba á predicar, acudia inmensa multitud de eclesiásticos y legos á oírle para recoger de su boca el pan de la palabra divina. Por todas partes inspiraba amor ó terror, segun eran fervorosos cristianos los que le oían, ó pueblos contaminados por la herejía. El grande Inocencio III le tenia encomenda-

¹ Justi trata largamente de esta cuestion y de la familia de Conrado en su *Elisabeth die heilige*.

das las funciones de comisario del Santo Oficio en Alemania con la mision especial de combatir los progresos amenazadores de los Valdenses, los pobres de Lyon y otros parecidos que, introduciéndose en las comarcas del otro lado del Rhin, preparaban á la Iglesia los mismos desastres que ya habian causado en la Francia meridional. Al propio tiempo tenia tambien el encargo de predicar la Cruzada; y mas de una vez supo hacer que la Alemania cambiase la tibieza con que miraba estas expediciones sagradas en una constancia y ardor dignos del mismo Inocencio. Los dos sucesores de este pontífice, Honorio III y Gregorio IX, le mantuvieron en las mismas funciones; y él se hizo digno de toda su confianza correspondiendo á ella con el celo, perseverancia y valor indomable que manifestó en toda su carrera. En los veinte años que duró esta, nunca hubo obstáculo ni oposicion, por fuerte que fuera, capaz de hacerle retroceder un paso: su inexorable justicia midió á los príncipes y aun á los mismos obispos, cuando creyó lo merecian, con el mismo rasero que á los seglares pobres; pudiéndose atribuir á esta imparcialidad suya la gran popularidad que supo gran-

jearse en el desempeño de sus penosas funciones. Era, dice un contemporáneo, el terrible acusador de todos los vicios, el terror de los tiranos, el infatigable perseguidor de los herejes. Acabó, segun verémos, por ser víctima de su severidad; pero la muerte violenta que le dieron aquellos, cuyas maldades habia perseguido, no le valió los honores supremos decretados por la Santa Sede á san Pedro Parenticio y á san Pedro de Verona que, como él, murieron hácia la misma época mártires de la fe.

Conrado, á quien probablemente conoceria ya el duque Luis antes de haberle sido especialmente recomendado por el Papa, inspiró al Príncipe desde luego tanta confianza y veneracion, que por medio de un acta firmada y sellada por él y sus hermanos este simple sacerdote fue investido de la autoridad de conferir á los vasallos mas dignos todos los beneficios eclesiásticos de patronato ó colacion de la casa ducal. Era la mejor respuesta que podia dar el Duque á las exhortaciones de Conrado sobre la escrupulosa solicitud con que debia proceder en el ejercicio de un derecho tan importante para la salvacion de las almas. « Cuando conferís, le habia dicho el

«celoso predicador, un beneficio, capellanía ó curato á un sacerdote ignorante ó indigno, cometeis un pecado mas grave que si en un combate matáseis por vuestra mano cincuenta ó sesenta hombres.» Despues de esto le encomendó tambien Luis la direccion espiritual de su esposa, en lo cual convino Conrado tanto por respeto á la piedad del Príncipe como á la recomendacion del Soberano Pontífice.

Cuando la jóven Duquesa que, segun hemos dicho, no tenia cumplidos todavia diez y siete años, supo que iba á consagrarle sus cuidados especiales un hombre tan famoso por la ciencia y santidad, se llenó de humildad y gratitud; y mirándolo como un favor del cielo, se preparó con ayunos y nuevas mortificaciones, diciendo repetidas veces: «¡Pecadora de mí, yo no soy digna de que ese santo varon cuide de mi conciencia! ¡Cuántas gracias, Dios mio, debo daros por vuestra bondad!» Cuando le anunciaron que venia su nuevo padre espiritual, salió á su encuentro y postrándose á sus piés le dijo: «Padre mio, dignaos recibirme por vuestra hija en Dios! no soy digna de vos, pero me recomiendo á vos por el amor de mi hermano.» Conra-

do, que veia en tan profunda y precoz humildad de una princesa poderosa y jóven un presagio de la gloria futura de su alma, no pudo menos de exclamar: «¡Oh Jesús mio! ¡qué maravillas obrais en las almas de vuestros escogidos!» Desde el dia de esta entrevista, cuyas circunstancias recordó diferentes veces con la mayor alegría, se encargó de la conciencia de Isabel, dedicándose con su acostumbrado celo al cultivo de esta planta preciosa que debia crecer á su cuidado para el cielo. Muy luego el instinto de la vida espiritual se desenvolvió en el alma de Isabel con tal fuerza, hiciéronse tan frecuentes y vivos sus vuelos y transportes hácia la perfeccion de la vida cristiana, que Conrado la encontró un dia (y así lo escribió al Papa) anegada en llanto y suspirando amargamente el que sus padres la hubieran destinado al matrimonio, privándola de conservar, para ofrecerla á Dios, la flor de su virginidad. Pero, como observa uno de sus historiadores, á pesar de este sentimiento inspirado por el fervor, en nada disminuyó el amor y ternura para con su esposo. En cambio éste, léjos de poner obstáculos en el camino que le trazaba su director Conrado, cooperaba

á los progresos con todas sus fuerzas, no reparando para ello ni aun en darla permiso de hacer voto de obediencia completa á su confesor en todo lo que no se opusiera á sus derechos y autoridad de marido; al cual voto añadió ella el de continencia absoluta para el caso de quedar viuda. Hizo ambos votos en 1225 á los diez y ocho años de edad en manos de Conrado y en la iglesia de las monjas de Santa Catalina de Eisenach, á la que profesaba una particular afición, acompañando el acto con cierta solemnidad y aparato. Este voto de obediencia lo observó Isabel con la fidelidad mas estricta y con aquella humildad absoluta que nunca se desmintió en ella, ofreciendo á Dios todos los sacrificios que mas caros le costaban y mas duros se le hacian. Mas arriba hemos visto ya la escrupulosa exactitud y delicadeza con que guardaba la prohibición que Conrado le hiciera sobre no llegarse á aquellos manjares que en su origen pudiesen estar manchados de injusticia para con el pobre pueblo. Fiel este hombre á la inflexible rigidez de su carácter, y considerando á la Duquesa como á una simple cristiana y nada mas, no habia miramiento alguno á que diera entrada pa-

ra templar el yugo voluntario que se habia impuesto á sí misma, y la trataba con una severidad que no podia menos de aumentar sus méritos en la presencia de Dios. Mandó cierto dia á llamarla para que le oyese predicar; pero hallándose en aquel momento de visita con su cuñada la Margravina de Misnia que habia venido á verla, Isabel no cumplió la orden del confesor. Irritado éste con aquella desobediencia, y de que su hija espiritual se hubiese privado de los cuarenta dias de indulgencia concedidos por el Papa á las personas que oian sus sermones, envió á decirla que en adelante no contara ya con él para la direccion de su conciencia. Mas al dia siguiente muy de mañana corrió ella á verle, y le hizo las mas vivas instancias para que desistiese de su cruel propósito y la perdonara su falta. Al principio la rechazó Conrado con dureza; pero en fin postrada á sus piés la Princesa y continuando en aquella postura sus instancias y súplicas, consiguió la gracia que pedia mediante una áspera penitencia que le impuso el confesor y que hizo extensiva tambien á las doncellas como culpables en parte de la desobediencia de su señora.

Nos queda un monumento precioso de la direccion espiritual de Conrado sobre su régia penitente en las doce máximas que le dió como un resúmen de su regla de conducta, y que los cronistas han consignado cuidadosamente. Vamos á copiarlas literalmente:

1. Sufrid con paciencia los desprecios en el seno de la pobreza.
2. Dad á la humildad el primer lugar en vuestro corazon.
3. Renunciad á los consuelos humanos y deleites de la carne.
4. Sed en todo compasiva con el prójimo.
5. Tened siempre la memoria de Dios en el fondo del corazon.
6. Dad gracias á Dios de haberos redimido con su muerte del infierno y de la muerte eterna.
7. Puesto que Dios sufrió tanto por vos, llevad tambien con paciencia la cruz.
8. Consagraos á Dios toda entera en cuerpo y alma.
9. Acordaos á menudo que sois obra de las manos de Dios, y obrad por consiguiente de manera que esteis eternamente con él.
10. Perdonad á vuestro prójimo todo

cuanto deseais que él os perdone; haced por él cuanto deseais que haga por vos.

11. Pensad siempre en lo breve de la vida y que los jóvenes mueren tambien como los viejos; aspirad siempre á la vida eterna.

12. Llorad de continuo vuestras culpas, y rogad á Dios que os las perdone ¹.

CAPÍTULO XI.

De como plugo al Señor manifestar sus gracias en la persona de la amada santa Isabel.

Sancti tui, Domine, florebut, et sicut odor balsami erunt ante te.

(Breviario romano).

Referidos ya de esta manera los rasgos generales de la vida de Isabel durante su union con el duque Luis, tenemos ahora que retroceder á los primeros tiempos de su matrimonio para contar algunos incidentes que de vez en cuando introducian la variedad en aquella vida uniforme, siendo al propio tiempo una prueba interesante y

¹ El texto latino de estas máximas se encuentra en Toppius, Beschreibung der Stad Eisenach. Rebhahn, Hist. Isenac. eccles. Mss.